

EL HOMBRE ABIERTO A LA REVELACION: ARTICULACION DE LOS CONCEPTOS CLASICOS- CONOCETE A TI MISMO, EL HOMBRE CAPAZ DE DIOS, POTENCIA OBIDENCIAL, DESEO NATURAL DEL HOMBRE.

Realizado: Eugenio Molera.

1. INTRODUCCION.

El acceso del ser humano a la Revelación se realiza por la fe, que es don de Dios y respuesta humana al mismo tiempo. Pero las personas, ¿están “preparadas” para acoger esta donación gratuita?, ¿hay una afinidad – no exigencia, pero sí sintonía – con la Revelación de Dios? Siguiendo la expresión de Rm 10,17 (*pistis ex akoe*), *el ser humano es capaz de escuchar la Palabra de Dios*. La versión latina (*fides ex auditu*) ha hecho tradición en la teología para significar la radical capacidad humana para la fe. Antes de atender al *mensaje*, parece justificado preguntarse si hay posibles *oyentes*. Hemos de comenzar, pues, con una consideración antropológica; más aún, con una invitación antigua y siempre nueva.

Dado que la pregunta por la finalidad de la vida humana en la actualidad no se plantea (cuando se plantea) referida explícitamente a Dios, la encíclica *Fides et Ratio* ha preferido introducir su invitación con el adagio delfico “*conócete a ti mismo*”, al plantearse; la cuestión del hombre como posible oyente de la Revelación. Y así a partir de ella se formulan “las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: *¿quién soy?, ¿de dónde vengo y a dónde voy?, ¿por qué existe el mal?, ¿qué hay después de esta vida?*”, de las cuales se afirma que “*son preguntas que tiene su origen común en la (necesidad de sentido que desde siempre acucia corazón del hombre*”. [FR 1-6], “*¿tiene sentido la vida, ¿hacia dónde se dirige? A primera vista, la existencia personal podría presentarse como radicalmente carente de sentido... así los filósofos del absurdo... el libro de Job... el sufrimiento... la muerte*” [FR 26)

2.-CONÓCETE A TI MISMO”. DEL ADAGIO DE DELFOS AL SOCRATISMO CRISTIANO.

Esta inscripción resume la memoria de Sócrates y es emblemática de toda la reflexión de Platón y su escuela. La componente fundamental de la búsqueda de la sabiduría que fue la filosofía griega era la antropología y, en cierto modo, toda la reflexión sapiencial del Occidente y de muchas civilizaciones orientales tenía como finalidad que el sabio conociese la naturaleza y dignidad del ser humano.

En su origen (Heráclito, Esquilo, Heródoto y Píndaro) la fórmula es una invitación a reconocerse mortal (y no Dios) y a situarse ante Él a partir de esa conciencia. Será Sócrates quien progresivamente decantará el “*conócete a ti mismo*” hacia un sentido más filosófico, en clave gnoseológica y ético-antropológica, y con un marcado carácter social. Decía que *una vida sin examen no merece ser vivida, tal como cuenta su discípulo Platón en su, Apología de Sócrates*. El significado clásico se resume en una invitación a la modestia, un “*saber de no saber*”, inicio del filosofar. Para Platón, además, el adagio delfico le servirá como base para construir todo su sistema filosófico orientado hacia la

verdadera “sabiduría”. Ahora bien, la parte mejor del alma es aquella donde reside el conocer y pensar. Y resulta que esta parte, siendo la mejor, es la que más se parece al dios: *“mirándola a ella, y conociendo también todo lo divino, el dios y el pensamiento, de este modo podría tener el más grande conocimiento de sí misma”*. (Platón, alcib., 133c, 4-6.)

síntesis: *el “conócete a ti mismo” es el inicio del filosofar, ya que parte de una conciencia modesta sobre sí mismo “que sabe no saber nada. el “conócete a ti mismo? “no es para alimentar la arrogancia sino para conocer nuestra realidad”* (Cicerón Tal Filosofía: es búsqueda del amor de la sabiduría.

La reflexión cristiana de los Padres parte de la convicción de la anterioridad de los escritores sagrados sobre los paganos. Gracias a Orígenes y a san Agustín florecerá un “socratismo cristiano”. El mayor desarrollo llega con san Agustín, quien dará gran fuerza al “conócete a ti mismo” con su famosísimo “cogito”: *“me conoceré, te conoceré”*: Soliloquium: IL 1,1], siguiendo su *“no vayas fuera, puesto que en el interior del hombre habita la verdad”*, donde el conocimiento de sí mismo va ordenado al segundo. No sin razón se ha podido afirmar que San Agustín es el “inventor” de la propia interioridad como fuente de conocimiento, ya que *“pone su centro en el hombre interior y pide al hombre que entre en la interioridad de su mente para encontrarse a sí mismo y, consigo, a Dios. “Dios es interior íntimo meo —“más interior que mi intimidad” [Conf. VI. En la primera fase del descenso hacia sí mismo se descubre la conciencia de la propia debilidad; en la segunda se descubre la grandeza de estar creados a imagen de Dios, gracias a la cual se va hacia Él. Hay concordancia entre los datos de la introspección y la Revelación (De Trinitate).*

Tal título sirve a san Bernardo para comentar que el adagio delfico, en su versión original de Cant 1,8, debe ayudar a evitar en la práctica tanto la temeridad como la timidez, ya que *“la humildad es la virtud por la cual el hombre se conoce verdaderamente”* [In Cant.: PL 184:425B].Y en otro lugar *“Reconocer la fragilidad y miseria propias de la naturaleza es un paso ineludible en el camino ascendente hacia Dios, pues solo de esta experiencia “nace la humildad, madre primordial de la salvación”*. (Bernardo de Claraval, sermón 37.1

Santo Tomás en esta línea de reflexión antropológica afirmará que lo primero que le acontece al hombre cuando llega al primer uso de la razón es —*“deliberar sobre sí mismo”*- y de—*“pensar en sí mismo”*, y añade que precisamente lo realiza para *“ordenar todas las cosas a esto como a su fin”* [LTL q. 89 a.6 ad3]. A su vez, al plantearse la cuestión *“sobre cómo el alma se conoce a sí misma y cómo se conoce lo que hay en ella”* hace una referencia implícita al adagio delfico citando a Sócrates y Platón los cuales *“saben que tienen un alma intelectual por el hecho de percibir que entienden”*. los grandes doctores medievales estuvieron más atentos a las dimensiones objetivas, aunque nunca marginaron la interioridad.

La Edad Moderna acusa al adagio de subjetivismo frente a una antropología “científica”. El siglo XX relanza el *“conócete a ti mismo”* en la filosofía (Husserl, Heidegger), en la

historia (Droysen: “*la historia es el ‘conócete a ti mismo’ de la humanidad*”), en la psicología (Rogers, Jung), en la sociología (Touraine).

De nuestra reciente tradición católica recordamos el eco del adagio délfico en GS 10 (*¿qué es el hombre?*) y en Pablo VI: “*La sabiduría antigua del ‘conócete a ti mismo’, que quedó a nivel de interrogación, tiene hoy una espléndida, aunque siempre misteriosa respuesta. Nuestra antropología conoce y afirma una superlativa genealogía del hombre, (ya que) en su composición inicial es ‘imagen y semejanza de Dios’ (Gn 1,26).*” [Homilía de Navidad]

3.-EL “CONÓCETE A TI MISMO” EN LA FIDES ET RATIO

La Encíclica *Fides et Ratio* ha situado precisamente el “conócete a ti mismo” como brillante título de su Introducción [FR 1-6], al plantearse; la cuestión del hombre como posible oyente de la Revelación. Y así a partir de ella se formulan “las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: *¿quién soy?, ¿de dónde vengo y a dónde voy?, ¿por qué existe el mal?, ¿qué hay después de esta vida?*”, de las cuales se afirma que “*son preguntas que tiene su origen común en la (necesidad de sentido que desde siempre acucia corazón del hombre*”.

[FR 1]. Más adelante continuará preguntando: “*¿tiene sentido la vida, ¿hacia dónde se dirige? A primera vista, la existencia personal podría presentarse como radicalmente carente de sentido... así los filósofos del absurdo... el libro de Job... el sufrimiento... la muerte*” [FR 26]. En estos textos resuena el Vaticano II que se pregunta no sólo: “¿Qué es el hombre?”, sino también: “*¿Cuál es el significado del dolor, del mal, de la muerte...? ¿Qué hay después de esta vida?*” [GS 10]. Se trata, en efecto, de “la “pregunta seria” — nótese el calificativo. *que hace al hombre verdaderamente tal*” [ER 33, n° 28].

La Encíclica concluirá precisamente recordando aquello más urgente hoy es *llevar a los hombres a descubrir su capacidad de conocer la verdad y su anhelo de un sentido último y definitivo de la existencia*” [n° 102]. De hecho, la búsqueda filosófica no nace inicialmente de la pregunta *¿quién es Dios?*, sino más bien si llega a poder hablar de Dios lo hace partiendo de otras preguntas como son: *¿quién es el hombre?, ¿cuál es su origen, su destino y el sentido de su vida?*

4.- “CAPAZ DE DIOS”: RECEPTIVIDAD Y DESEO

De la invitación hemos de pasar a la reflexión propiamente dicha. Los ejes de esta mirada antropológica en la Teología Fundamental más reciente se remontan a las grandes síntesis medievales sobre el *homo capax Dei*.

La fórmula *homo capax Dei* tiene una larga tradición: aparece por vez primera en Rufino (s. IV). Para san Agustín, el ser humano “*es imagen de Dios en cuanto es capaz de Dios (capax Dei) y puede participar de Él; y este bien tan excelso no podría conseguirlo si no fuera imagen de Dios*” (*De Trin.* 14,18,11). Esta fórmula se pone en paralelo con la del hombre *capaz de la bienaventuranza (capax beatitudinis)*; capaz del Dios Trinidad, cuya imagen el alma es.

Se perciben así dos aspectos, uno *protológico* y OTRO *escatológico*. El primero se enraíza en el hombre creado a “*imagen de Dios*” (Gen 1,27; Sir 7,30; Col 3,9s.) y el “*nuevo hombre*” creado en Cristo (Ef. 4,23s.; Rom 8,10.29).

El segundo Con referencia al capax Dei escatológico *su perspectiva se relaciona con la “visión de Dios” y la “bienaventuranza* (tres textos clásicos: 1 Co 13,9-12) “*todavía no se ha manifestado lo que seremos; sabemos que cuando se manifieste seremos parecidos a él porque lo veremos tal como es*” (1Jn 3,2) y “*bienaventurados lo limpios de corazón porque verán Dios*” (Mt 5 ,8).

El *Catecismo* retoma esta fórmula para su síntesis de teología fundamental (CCE 27-43). Así el Catecismo de la Iglesia católica al retomar esta fórmula medieval, afirma que [el hombre es “capaz’ de Dios”, El desarrollo concreto de esta afirmación inicial del Catecismo se articula en cuatro puntos:

a) el deseo de Dios (ns. 27-30), I. El deseo de Dios CEC 27 “*El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador»* (GS 19,1).

b) las vías que llevan al conocimiento de Dios (ns.31-35),

c) su conocimiento según la Iglesia (ns. 36-38)

d) ¿cómo hablar de Dios? (ns. 41-43).

5.- CAPACIDAD RECEPTIVA (POTENTIA OBOEDIENTIALIS)

La “capacidad de Dios” humana se articula en dos dimensiones que vale la pena considerar separadamente. Ellas son la *capacidad receptiva (potentia oboedientialis)* y el *deseo de Dios (desiderium naturale videndi Deum)*.

Decir que el ser humano es *potencia obediencial* o *capacidad receptiva* es afirmar su radical apertura hacia Dios, horizonte infinito. Es una aptitud fundamental de disponibilidad y acogida de la Revelación de Dios. Si ésta no existiera, la fe sería una superestructura extraña y sin interés para el ser humano. Más aún, seguiría teniendo sentido, aunque Dios no se hubiera revelado (hipótesis). Ella no impone ninguna exigencia a Dios; simplemente indica que el ser humano está “disponible” desde su libertad para recibir el don divino.

Algo de esto puede comprenderse humanamente a partir de la experiencia de amistad y amor entre dos personas: cada una recibe el amor de la otra como plenitud de la propia existencia y, a pesar de todo, como don indebido que no puede exigir. El planteo y concepto aparecen en san Agustín y, desarrollado por santo Tomás, llevó a un arduo debate teológico en la primera mitad del siglo XX (la “cuestión del sobrenatural”). En

nuestros días es recibido más pacíficamente, aunque se elevan voces que reclaman replantear íntegramente la cuestión.

6.- DESEO DE DIOS. (*DESIDERIUM NARURALE VIDENDI DEUM*)

La potencia obediencial, más “estática”, se relaciona con el deseo de Dios, una tendencia, una apertura dinámica del ser humano hacia Dios. CIC:(ns. 27-30), I. El deseo de Dios CEC 27 “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar: Sintetiza varios temas clásicos: el motivo platónico del eros, la aspiración agustiniana de la felicidad, la aristotélica y neoplatónica de saber y contemplación y la concepción antigua y medieval según la que cada naturaleza está dirigida hacia su fin. [Cf. San Agustín, Conf., 1,1,1; CCE 27; 30] Para concretar esta reflexión, nos limitamos a una apertura teológica y espiritual en diálogo con el dinamismo psíquico.

El *deseo de Dios* es el apoyo antropológico de la espiritualidad tradicional: san Agustín, san Bernardo, san Buenaventura, Tomás de Kempis, santa Teresa, san Ignacio... *Dios es el fin* del ser humano (está en su apetito natural); *las criaturas son medio* para la unión con Dios. Por ello, *la oración* será el lugar donde se alimenta el deseo de Dios. La contemplación lleva luego al cumplimiento de la voluntad de Dios.

El origen parece hallarse en Platón, reelaborado por el neoplatonismo. *Eros* es el deseo humano atraído por lo superior: la belleza, el bien. El ser humano se eleva de lo sensible a lo espiritual, de lo mudable a lo eterno, de lo múltiple a lo uno, de lo terreno a lo celestial... purifica los sentidos en la ascensión espiritual en que el alma vuelve a su origen, el mundo de los espíritus inmortales.

Pero para evitar equívocos debe señalarse que se trata del *deseo natural*, de una concepción *ontológica* del deseo, es decir, referido a las cuestiones últimas del hombre, su esencia y su destino.

BIBLIOGRAFIA

Salvador Pié- Ninot, *Teología fundamental*, pág., 65,95

Salvador Pié- Ninot, *La teología fundamental*, pág., 89-173

San Agustín, *Soliloquium: IL 1,1*,

Juan pablo II, Encíclica *Fides et ratio*, *Sobre las relaciones entre fe y razón*, 1998

Catecismo Iglesia católica, puntos 27-43

